

LA PAMPA ASESINADA EN LA CIUDAD LA MUERTE EN EL LIBRO *HIJO DEL SALITRE* DE VOLODIA TEITELBOIM

Miguel MANSILLA*
Constanza VÉLEZ**

- **RESUMEN:** El libro *Hijos del Salitre* es una obra maestra donde el tema central es la muerte, quien se presenta como una condena para los pobres, específicamente para los obreros pampinos. La muerte es un fenómeno ubicuo que está presente en cada lugar que transitan los obreros; el trabajo, su entorno, en la alimentación, en las habitaciones y el aire. Donde los más afectados son las mujeres y niños. Para limitar el poder de la muerte, los obreros pampinos se unen y viajan a la ciudad a reclamar la ayuda del Estado, pero paradójicamente son masacrados en el lugar, incluyendo a sus mujeres y niños.
Pese al poder de la muerte, el autor no la glorifica, sino que resalta la vida y la esperanza de una república en la que el trabajador tenga un trabajo digno.
- **PALABRAS CLAVES:** Muerte. Niñez. Mujer. Trabajador. Matanza.

Introducción

El libro *Hijos del Salitre* presenta cuatro momentos: la migración sur-norte, la llegada a la pampa salitrera, la bajada a la ciudad para la protesta y el doble retorno (a la pampa y luego a la ciudad). Pero los espacios monumentales son: la pampa y la ciudad. El autor resalta estos lugares como espacios de muerte con sus respectivos espacios mortuorios: la fábrica y la escuela. No obstante, a pesar de todo lo funesto y de la indescriptible conmoción que provoca la novela, ésta termina con un canto a la esperanza. A pesar que la muerte es descrita como algo imponderable, no la sublima, sino que subraya la vida centrada en el trabajo digno. No son las enfermedades, ni la tragedia, el trabajo explotador o los sistemas patronales, policíacos y políticos lo más importante, sino que la esperanza donde no sea la muerte lo característico de la vida, sino la vida misma, centrada en el trabajo libre y digno.

* Universidad Arturo Prat – Instituto de Estudios Internacionales (INTE) - Iquique, Chile. mansilla.miguel@gmail.com

** Universidad Arturo Prat – Instituto de Estudios Internacionales (INTE) - Iquique, Chile. conyvel1@gmail.com

Artigo recebido em 05/04/2016 e aprovado em 22/07/2016.

El objetivo de este artículo es analizar el imaginario de la muerte en la novela *Hijos del Salitre* de Volodia Teitelboim escrita en 1952. Es decir ¿Cuáles son los sujetos más afectados por la muerte? ¿En qué actividades y espacios laborales ésta se encuentra? ¿Es acaso la muerte un acontecimiento ineludible? ¿Cómo se relacionan la ciudad y la pampa con la muerte? ¿Quiénes son los responsables de la muerte precoz?

La presencia de la muerte en la novela chilena es un tema muy recurrente, pero pocas veces abordada (MANSILLA, 2014). Quizás la única novela estudiada ha sido *La Amortajada* de María Luisa Bombal (OROZCO, 1989; LIZANA, 1994; VALERO, 2003) debido a que el título induce a un posible estudio. En cambio, respecto de la novela *Hijos del Salitre* el número de trabajos es escaso (OSTRIA, 2005; BRAVO; GUERRERO, 2000). Esta novela tiene una importancia monumental: 1) Ha sido traducida a varios idiomas y el autor recibió el Premio Nacional de Literatura en el año 2002; 2) Es obra elogiada por autores como Pablo Neruda, quien la consideró como “racimo asombroso de vida y de lucha cargada de vida”¹ y Luis Enrique Delano quien destacó todas las etapas que experimenta el lector desde el encanto y curiosidad del árido Norte hasta la bajada esperanzadora de los trabajadores a Iquique que concluye con el horror de la matanza de la escuela de Santa María”²; 3) La novela es un testimonio de las condiciones laborales de los obreros del salitre en el Norte Grande; 4) No hay estudios sobre la importancia que tiene la muerte en la obra, en el entendido de que la muerte visitó a Chile a través de distintos fenómenos políticos, económicos, sociales y climáticos y las únicas disciplinas que se han atrevido a abordarla han sido la poesía y la novela, permitiendo inferir la deuda existente por parte de las ciencias sociales en Chile, respecto de la muerte y sus muertos

Pobreza y Hambre: muerte social de la niñez en la pampa.

Las descripciones se centran en torno a la pobreza, explotación, mala alimentación y muerte prematura de los niños: “Elías³, su hermano y la abuela se marcharon a [la Salitrera] La Perla, que no correspondía al esplendor de su nombre. Una perla engastada en miseria y en trabajo torturante” (TEITELBOIM, 2002, p.37). La pobreza en el desierto se hace más cruda a los ojos por el “yermo tórrido” que ven los sureños acostumbrados al vergel que al menos permite matar el hambre con la fruta silvestre y el agua por doquier. En cambio, en el desierto la pobreza se concibe como algo visual, psicológico y real. “Elías lo vio así. Vivían en un cascarón de barro y calamina” (TEITELBOIM, 2002, p.37). Teitelboim destaca las malas condiciones habitacionales, consideradas habitaciones inmundas, malsanas y enfermizas⁴.

¹ Al respecto ver Memoria de Chile (2016a).

² Al respecto ver Memoria de Chile ((2016b).

³ El nombre de Elías se refiere a Elías Lafertte, fundador del Partido Comunista en Chile. Además Teitelboim hizo una novela de realismo social, que linda entre biografía e historia, porque efectivamente Elías estuvo desde su niñez en las Pampas Salitreras. Sobre la breve biografía de Elías Lafertte, se puede ver más en: Biografía de Chile (2017).

⁴ Otros autores han hecho referencia sobre las características de las habitaciones de los obreros del Salitre: Salas (1908); Figueroa (1931); González (1987).

Luego el autor, en boca de Elías dice: “Tenía entonces nueve años y me ocupé de machucador en la cancha” (TEITELBOIM, 2002, p.37). Refiriéndose a la inserción precoz del niño en el mundo laboral minero. Si para el adulto, éste era un trabajo explotador ¿cuánto más para un niño? Pero la explotación no era lo peor, sino más bien el hambre⁵. “Todo el sabor de la aventura del viaje se transformó abruptamente en la sensación de que su libertad de niño, que desea jugar, había muerto [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.37). A pesar de que en los campamentos salitreros habían juegos para los niños⁶, no obstante, el hambre era el peor enemigo⁷. Por ello la expresión “muerte de la libertad de niño”, hace referencia a la otra muerte; a la muerte social de la niñez, aunque jurídica y psicológicamente se continúe siendo niño. Es así que la principal actividad de los niños, no es jugar o estudiar, sino trabajar con salarios míseros, comer mal, lidiar con el clima adverso, las condiciones laborales peligrosas y no contar con la posibilidad de salir.

Teitelboim, adelantado a su época, pone en boca de un niño la reflexión política y social cuando dice: “La vida es un camino de miseria [...] el niño ya había descubierto por sí mismo cuán profundo es el dolor de ser pobre sin esperanza [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.40). Aquí no hay metáfora sino realismo crudo y duro, lo único metafórico es la idea de camino, que a su vez, es un camino miserable⁸. Es la desesperanza aprendida que se expresan en tres ideas: dolor, pobreza y desesperanza. Pudiéndose cuestionar así ¿Qué es lo que da esperanza a un pobre? La religión, la educación o la política. La respuesta implícita es primeramente la política y luego la educación. Y el panorama desolador continua: “A veces el pequeñuelo se quedaba tendido como un muerto, petrificado como la estatua del agotamiento [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.57). Una vez más se aplica la muerte, como metáfora del trabajo exhaustivo para el niño, pero se redunda con otras dos imágenes: “petrificado” y “estatua” para resaltar la deshumanización.

Pero Elías, como niño, no estaba solo en la pampa salitrera trabajaba junto con su hermano (otro niño): “Cuando vio a su hermano Luis caer rendido una mañana, sospeché que tal vez no existía el buen Dios. Recordó con odio los días de su infancia [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.57). Obviamente que los trabajadores consideraban que esta zona estaba abandonada por Dios⁹. Incluso en un informe entregado por Pedro Gálvez (1908), decía que las creencias y prácticas religiosas en estas zonas estaban ausentes. No se trataba que prohibieran las creencias religiosas, sino que se trabajaba durante todos los días y todo el día, por lo tanto, no había espacio para la religión. Por otra parte, se trataba de un trabajo tan explotador, que no podían concebir la existencia de un Dios. Un lugar así amamantaba a Dios. Algunas mujeres que practicaban el marianismo, lo hacían a escondidas. Continúa destacando “[...] sus antiguos terrores del infierno resultaban pequeños en relación a los que ahora estaba viviendo su hermanito. Entraban a los ojos de la noche y salían a los ojos de la mañana [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.57). Las

⁵ Figueroa (1931, p.91) destaca que “en el campamento [minero-salitrero] los niños eran raquíticos”.

⁶ Al respecto se puede consultar González (2002).

⁷ Como destaca Macuer (1930, p.92) “al niño se le mantiene con una ración de hambre”.

⁸ Macuer (1930, p.8) decía “los niños proletarios no interesan en la pampa. Andan sucios y desnutridos”

⁹ Al respecto Figueroa (1931, p.50) dice: “el desierto es un azote de Dios”.

creencias en los terrores infernales son prédicas fundamentales de las religiones populares (catolicismo, pentecostalismo). La pobreza es un infierno porque las condiciones laborales son mortales¹⁰. Es un infierno, tanto por el calor como por la mala calidad de agua¹¹. Aunque esto último sólo sucedía en el campamento de los obreros en donde tomar agua en estas condiciones era beber la muerte¹². “En la superficie se encontró con su hermano, los ojillos aterrados, sus piernas torcidas, lleno de un horror de muerte” (TEITELBOIM, 2002, p.57). Debió haber sido un espectáculo trágico ver a un niño semidesnudo con el sudor y el polvo que deformaban su cuerpo. Estas condiciones de trabajo eran un asesinato a la niñez: el horror de muerte. Frente a ello “[...] empezó a llorar a su lado [...] el barretero salió a buscarlo y vio las lágrimas de los dos hermanos. Entonces dijo a Elías: Llorar, chiquillo. Llorar no más. ¡Date ese gusto siquiera! No eres el primero minero que llora [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.58). Llorar es un privilegio humano, pero además es algo legítimo en los niños. El barretero reconoce algo en Elías, quien, aun siendo niño, ya era un minero y sin embargo, no era el primer minero que lloraba. Los niños mineros lloraban en el trabajo en cambio los mineros adultos lloraban cuando estaban borrachos en las tabernas. Elías al ver su hermano con el horror a muerte lloró, como si estuviera sepultando la niñez de su hermano en el cementerio fabril.

No era solo el cansancio lo que preocupaba a Elías, “[...] también andaba con hambre crónica; pero sobre todo le afectaba ver al pequeño Luis sufriendo y matándose [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.58). El hambre era un fenómeno manifiesto, pero a pesar de ésta, lo que le preocupaba a Elías era el inicio de la muerte lenta de su hermano pequeño¹³. No hay peores muertes que morir de hambre o trabajando. Pero no es el trabajo en sí mismo el que aniquila, sino la explotación y los salarios de hambre que llevan a los obreros a la pobreza y la constituyen en una realidad inexorable. La “pobreza existe en el hombre como los ojos y el aliento [...] Frunció los labios, pensativo, y decidió que no debía llorar por eso [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.40). Es la desesperanza infantil producida por la ineluctable pobreza, que hace del mundo infantil un mundo cerrado donde el imperativo es definitivo: hagas lo que hagas, serás pobres.

Nada redime de la pobreza, ni siquiera el trabajo, por el contrario: éste empobrece y mata. “[...] contempló el mundo de los pobres como sogas una larga, él estaba metido en el último nudo corredizo y la felicidad era para ellos el eslabón perdido” (TEITELBOIM, 2002, p.40). Es la idea de la vida de los pobres es un destino que está en manos del poder, no se trata del pobre como títtere sino como esclavo. Por lo tanto la vida como sogas es sólo una ilusión de libertad. Pero también es una cadena, donde falta el principal eslabón: esto es la felicidad. No hay felicidad para los pobres. A pesar del pesimismo es interesante,

¹⁰ Carlos Marx (1987) fue uno de los autores que denunció científicamente las condiciones del trabajo en la fábrica como una antesala del sepulcro, adonde los obreros son lanzados a fuerza de trabajo; estos agonizan y mueren en silencio. La jornada de trabajo produce la extenuación y la muerte prematura.

¹¹ Pedro Gálvez (1908, p.842, p.8) decía “la vida en la región salitrera es dura y penosa” y en otra parte destaca que los campamentos eran “campos pestilenciales y mortíferos”.

¹² Salas (1908, p.570) decía: “el agua potable era insalubre”.

¹³ Figueroa (1931, p.92) destacaba que “la alimentación era cara y deficiente”.

porque no hay una búsqueda de virtud en la pobreza, algo como “pobre, pero feliz”. En los campamentos mineros las desigualdades y jerarquías sociales estaban tan marcadas entre los patrones extranjeros, administradores y los pobres, que los campamentos estaban bien alejados de las excelentes “viviendas de los de arriba”¹⁴.

Ante la realidad de una muerte inexorable, los niños también acompañaron a sus padres a protestar a la ciudad “[Elías observó...] ¡Oh, en la muerte misma había una batalla... Le pareció que los gases de la muerte comenzaban a levantarse!” (TEITELBOIM, 2002, p.300). Pero la muerte de la pampa (fábricas) comenzó una guerra con la muerte en la ciudad (Estado), ambas se unieron y condujeron a los obreros a la escuela, para ser masacrados por la Fuerza Armada. “Su recuerdo remontó a los pánicos de la infancia, a los horrores de la muerte, sin fétetro, minúscula, en el infierno [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.300). Por ello Marcial Figueroa (1931) compara la pampa salitrera con el dios cananeo Moloc, a quien sacrificaban niños y jóvenes.

La Mujer en la pampa: vida de un cementerio.

Teitelboim no hace mucha referencia de las mujeres y la muerte en la pampa, sino que las menciona cuando bajan a la ciudad y forman parte de la matanza de Santa María en 1907. Al respecto dice: “Se topó en la puerta con Carmela Vergara, su compañera de viaje, a quien la huelga había transfigurado espontáneamente en incansable agitadora” (TEITELBOIM, 2002, p.224). Las mujeres eran muy conscientes de las condiciones mortíferas laborales porque: ellas trabajan tanto o más que los hombres en las faenas mineras¹⁵. Lo interesante es que rescata el rol político de la mujer, sin recurrir a su maternidad. Resalta su carácter resistente y rebelde, sin embargo desluce, o quizás las reluce, con la expresión agitadora. Teitelboim mismo lo dice en boca de Elías: “[...] descubrió que la vida de la mujer en la pampa es la vida de un cementerio... Reducía la mujer al vacío y a la soledad [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.224). La aplicación de la metáfora “vida de cementerio” es similar a la de María Luisa Bombal (2013) para describir la soledad de la mujer. Teitelboim emplea el cementerio y Bombal aplica el ataúd, pero el sentido es el mismo. Para Teitelboim (2002, p.224), las mujeres estaban arrojadas al silencio, la soledad y a la muerte. “Se sentía un poco heroína. Andaba para arriba y para abajo con el niño de la mano [...]”. No obstante, la participación de la mujer en la protesta en 1907 no era sólo “porque ellas igualmente eran explotadas” (LOPÉTEGUI, 1933, p.17), sino también porque explotaban a sus maridos y a sus hijos e hijas. El hombre era explotado en la fábrica, pero la mujer vivía la explotación tras las puertas: era una explotación invisible¹⁶.

El autor muestra el dolor y el desgarramiento de las mujeres al ver a sus hijos muertos y ensangrentados: “La mujer envuelta en la bandera se quejaba con triste frenesí. Tenía

¹⁴ Por ello Horacio Macuer (1930, p.5) a los campamentos salitreros les llama los “intocables”.

¹⁵ Sobre el rol de las mujeres en el mundo del salitre se puede consultar a: Castro (1988); González (1987).

¹⁶ Como decía Lopétegui (1933, p.17), “la mujer empleada vive en peores condiciones que el hombre”.

algo anticipadamente funerario y comunicaba esa sensación al espacio pre-crepuscular que la envolvía” (TEITELBOIM, 2002, p.295). La adquiriría un sentido de patria asesina o madre mortal, que mata pero cobija. A pesar de que no bajaron a la ciudad a morir, ni mucho menos a matar, sino llenos de alegría y esperanza fraternal, confiando en la bondad política, militar y patronal. Incluso cuando amenazaron que los iban a matar no creyeron. La muerte en la pampa era selectiva, más en la ciudad, se tornó masiva.

Y una vez que ocurre la matanza, Teitelboim describe a las mujeres como verdaderas plañideras de la pampa: “Una mujer lloraba, por un hombre que yacía sin escucharla. Lo apretó, arrodillada contra su pecho [...] La vida tenía precio ridículamente bajo” (TEITELBOIM, 2002, p.301). Es un panorama desolador, en donde se describe, otro rol de la mujer; su carácter de plañidera en donde la ciudad es concebida como un lugar de lágrimas, pero éstas lágrimas son disipadas por la indiferencia urbana, ya que los muertos no eran más que obreros: *animal laborans* “Otra mujer murió aferrando al pecho como una criatura, su cartera [...] un muchacho afirmaba el rostro sobre esa cartera [...] la boca entreabierto pintada con coágulo de sangre. Al lado, de una vainilla de balas, vacía” (TEITELBOIM, 2002, p.301). Estos son los panoramas que no se desean recordar, leer o escribir, para no ser guardados en la memoria, ya que lo que no se escribe, no existe.

Una mujer acribillada junto a su hijo. Ante tal exterminio patriótico algunas mujeres gritaban: “-¡No queremos ser más chilenos [...]! ¡No queremos ser más chilenos [...]! –Por qué mataron a mi niña [...]? ¿Qué les hizo la pobre [...]? – preguntó una mujer. –Vámonos lejos, donde nunca se sepa nada de Chile [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.319). Los conservadores siempre resaltan el patriotismo, la chilenidad o el nacionalismo pero aquí el poder policiaco, político y patronal: las tres *P* macabras que sacrificaron a miles de obreros chilenos en nombre del capital, la patria y el orden. ¿Qué podían hacer o decir estas mujeres ante una realidad inmolada? “Yo recuerdo a una mujer, con la hija muerta entre los brazos, que gritaba: “déjenme morir” (TEITELBOIM, 2002, p.359). La muerte infantil era muy frecuente en la pampa salitrera¹⁷, pero esas muertes trágicas no se comparaban con los cuerpos acribillados y ensangrentados. A pesar de que muerte y vida están conectadas, y que se diga que de la muerte germina la vida, al mismo Teitelboim (2002, p.359) defiende la vida antes que la muerte; la vida sacrificada antes que el sacrificio de la muerte. “[...] allí mucha gente conoció cuán profunda es la fraternidad de los que van a morir: pero es preferible la fraternidad para vivir [...]”. Hermosas palabras de un escritor que bien pudiera encontrarle un sentido sacrificial a estas muertes infantiles y el dolor de estas mujeres y madres, pero es preferible la fraternidad para vivir, porque mientras hay vida: hay esperanza. Mientras que las muertes que sucedían a los pobres, fuesen éstos obreros, indígenas, campesinos o minorías religiosas, siempre eran olvidadas; socavadas por los héroes nacionales, militares y de las religiones oficiales. Si las mujeres eran invisibles en sus vidas, cuánto más en sus muertes y con sus muertos.

¹⁷ Figueroa (1931, p.140) describe la Pampa Salitrera como “[...] una pavorosa mortalidad infantil. Innumerables vidas entregadas a la muerte precoz”.

Matarse trabajando y las imágenes del miedo.

Teitelboim (2002, p.57) pone en la boca de Elías sobre las mortíferas condiciones laborales en la pampa salitrera¹⁸: “Está en la naturaleza del hombre pobre ser un animal de trabajo toda la vida”. Para resaltar tales condiciones, el autor aplica una metáfora fáunica referida al hombre, no como un ser humano, sino un ser animal. Un ser socializado para el trabajo; pero el trabajo en este contexto era ser esclavo. Similar al imaginario, de otro literato en contexto minero como es Baldomero Lillo (2008), cuando compara al trabajador con la metáfora equina, el hombre es una bestia para el trabajo. Es así que el trabajo succiona la vida del obrero.

La muerte en la pampa salitrera podía estar en varias partes, incluso en lugares que deberían ser seguros como los galpones de pólvora¹⁹: “Las llamas crepitantes lo acercaron de nuevo a la muerte” (TEITELBOIM, 2002, p.100). Por ello enfatiza Teitelboim (2002, p.100) que “Elías advirtió que la muerte visitaba la oficina tal vez en exceso”. En las habitaciones obreras, la muerte estaba escondida hasta en la sopa por mal estado, por escasez de agua para manipular los alimentos o alimentos en descomposición. Pero, también la muerte estaba escondida ente los fierros²⁰. “Estaban ahora de nuevo sentados en fila contra la pared, velando la muerte en la pampa” (TEITELBOIM, 2002, p.100). Más aun siendo que los accidentes eran muy frecuentes en estos lugares, esto tampoco interesaba a los patrones, porque los obreros sólo eran *animal laborens*, mientras que los primeros eran hombres libres.

La diferencia que Teitelboim (2002, p.100) destaca no es sólo una diferenciación social. Para los patrones se trata de una diferencia esencial entre humanidad y animalidad: “Los gringos sólo querían sus manos. ¿No decían ellos que los obreros no valen por la cabeza, sino por las manos y un poco, además, por las piernas?”. Se remite al absoluto reduccionismo del ser humano: literalmente es una mano de obra. La humanidad entera del trabajador era reducida a sus manos. Entonces ¿qué pasaba frente a un accidente en donde el obrero quedaba discapacitado? Estos eran expulsados.

Pese que la muerte rondaba por todas partes de la pampa, pero en otras partes era más horrenda: “Llegaron hasta su carne las lenguas infernales. No veía nada. ¿Su rostro no se estaba derritiendo como cera? [...] Quiso salir del cachucho... Ansiaba salir, escapar de inmediato a la muerte caliente. El calor se lo comía [...] Dos minutos más allí y moriría [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.108). Esto eran los temidos cachuchos, en donde “[...] caían centenares de obreros en un caldo caliente” (SALAS, 1908, p.573). Para muchos obreros los cachuchos eran los fantasmas infantiles del infierno. Es así que, para un lector que desconoce tal situación sería legítimo preguntarse que si dichas condiciones laborales eran tan malas, ¿por qué tanta gente del sur de Chile iba a trabajar a las pampas salitreras?

¹⁸ Los informes señalaban que “la elaboración del salitre era un verdadero peligro de muerte” (SALAS, 1908, p.552).

¹⁹ Esto es porque “las malas condiciones de los polvorines, junto a los trenes, calderos y calicheras eran una amenaza de muerte” (SALAS, 1908, p.574).

²⁰ “Las maquinarias eran verdaderas máquinas de la muerte” (FIGUEROA, 1931, p.573).

Y una vez que se daban cuenta de las malas condiciones ¿por qué no se regresaban a su tierra? En cuanto a la primera pregunta el texto responde: “[...] aquí me tienes por el roto embustero. Yo era peón y ahora soy cargador, era huaso y ahora soy pampino, y a veces me pregunto: ¡Oye, Custodio, ¿qué es mejor y qué es peor?! ¿Pampino o inquilino? [...] ¿Qué le pasa con esta vida?- que no sirve ni para remedio [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.105). El roto²¹ embustero al que se refiere Teitelboim era el llamado enganchador (busca obreros), al que Marcial Figueroa (1931, p.37) llama “el falso apóstol”. Y en respuesta a la segunda pregunta, esto se debió ya que a los obreros se les pagaba en fichas y no dinero, por lo que era muy difícil transformarlo en este último para comprar pasajes para volver en tren y luego en barco al sur de Chile. Y también debido a que los campos eran insoportablemente sombríos, en cambio el desierto brindaba la ilusión de la libertad, centrada en el trabajo asalariado. Pero dicha imagen a fin de cuentas terminaba sólo en un mal aliciente, una ilusión, porque aquel era en realidad, el espacio de la muerte.

Los obreros convivían con la muerte a diario. Y como sus reclamos y solicitudes durante años nunca fueron escuchados, fue entonces que la huelga y bajar a la ciudad de Iquique a reclamar sus derechos se convirtió en la gran esperanza. “¿Y nosotros, los chilenos, estamos muertos? [...] Estamos muertos [...] ¡muertos, salvo esta noche, en que estamos vivos! Aquí se han juntado todos los pampinos de Tarapacá. Eso no ha pasado nunca [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.182). La unidad para marchar y protestar daba aliento a los mineros, soñando ingenuamente que serían escuchados, por un gobierno que era empleado de los patrones; por un Estado subsidiario del capital.

Mientras los obreros bajaron a reclamar sus derechos laborales no contaban con que ante tanta muchedumbre cayera el temor sobre la ciudad: “Contaban las horas que tardaría el asesino en aparecer. Millares, decenas de millares de asesinos [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.184). El velo del prejuicio pesaba sobre los obreros: ya no como flojos, alcohólicos o cochinos, ahora eran temidos como asesinos. Primó en la ciudad el doble estigma: rotos y masa enloquecida. “Algunas mujeres de corazón piadoso, con expresión de desventura, comenzaron a creer en un castigo del cielo. Pensaban en una nueva edición del diluvio... una lluvia de hombres astrosos, con caras patibularias, se deslizarían en sus lechos al amparo de la sombra [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.185). Algo presente en toda la obra de Teitelboim es recurrir a imágenes bíblicas para representar las pesadas imágenes que los patrones, políticos y policía tenía sobre los obreros. Pero también aparece el imaginario de “la patrona” como mojigata y “pechoña”²² que frente al temor de las masas de obreros recurre al rezo. Por ello la aglomeración de obreros es pensada como un castigo divino. “[...] toda la pampa caería así sobre la Sodoma del salitre, para castigarla por sus injusticias y pecados. Tal vez estaba maldita y condenada” (TEITELBOIM, 2002, p.185). Ahora es Teitelboim quien apellida a la ciudad de Iquique con símbolos bíblicos, la Sodoma del salitre, la ciudad corrupta. El miedo de las autoridades políticas y empresariales, es un miedo apocalíptico. “Sobre Iquique [...] el Santuario del Salitre [...] se están dejando caer

²¹ Sobre el roto chileno se puede ver a Gutierrez (2010).

²² Mujeres católicas que viven arrodilladas rezando y asistiendo a misa. El concepto es visto como hipocresía religiosa y es peyorativo.

los hunos [...] es la horda de los bárbaros traspasando las puertas sagradas de Roma [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.191). Aparecen otras representaciones. Los obreros pampinos eran los Hunos y los bárbaros. Por otro lado, la ciudad de Iquique imaginada como La Roma: ciudad sagrada y santuario del salitre. La pampa y la ciudad, lo rural y lo urbano, el obrero y el patrón, del mal y el bien: la eterna lucha de las oposiciones.

De esta manera aparecen distintas representaciones sobre los obreros, de las autoridades y la ciudad, en donde Teitelboim deja en evidencia el miedo que las autoridades tenían. “Intendente, ¿Trajo la camisa de fuerza para estos locos?... Iquique sufre una grave enfermedad. Está convertida en un establo. ¡Esta es una locura, locura completa! ¡Iquique es una casa de orate [...]! ¡Un manicomio [...]!” (TEITELBOIM, 2002, p.237). Los obreros son los locos y los patrones son los cuerdos y normales. Con el arribo de los obreros, las mujeres y los niños, la ciudad de Iquique, ésta finalmente se había convertido en un establo. Los obreros pasan de la locura a la animalidad. Eran sólo *Animal laborens*: no tenían derechos, sino sólo deberes. Pero allí el opuesto respecto de la experiencia; los campesinos²³ cuidan a sus *animal laborens*, con buena alimentación, afecto y apriscos en contraste con la realidad que presenta el autor en su relato.

La matanza se convirtió en la solución política, patronal y policíaca para ese entonces y para el futuro: debía ser una lección. En ese día se unió el triunvirato de parricidas para matar los cuerpos y los espíritus de los obreros pampinos y luego matar la memoria de la matanza ¿Cómo podían interpretar y reaccionar los obreros ante esta matanza? “[...] salidos de la muerte [...] repetían: -¡No queremos ser más chileno [...]! -¡Este es el pago de Chile [...]!” (TEITELBOIM, 2002, p.319). ¿Cómo les pagó a los obreros Iquique, la ciudad sanguinaria?: con sangre, muerte y dolor. La muerte fue en vano, la situación de los obreros no mejoró en nada, dos década después, seguían igual. Pero esta matanza impactó profundamente en la fuerza trabajadora, distintos informes hablan del miedo a hablar que tenían los obreros, posterior a esta matanza, pero también el miedo a ser expulsado de las salitreras.

La ciudad asesina: sus voces e imágenes

Teitelboim alude a la noche del 20 de diciembre (1907), antes que ocurriera la matanza ¿Cómo lo vivían los obreros? ¿Qué sentían? ¿Qué esperaban de sus autoridades?

[...] noche de por sí extraviada, un juego de niños para niños, y tal vez para hombres y sobre todo mujeres; pero no para hombres o mujeres que están subiendo los escalones de la muerte. Elías sintió que no podría seguir viendo un segundo más aquella diabólica novedad. (TEITELBOIM, 2002, p. 248).

²³ Fui hijo de campesinos y a las vacas, bueyes y ovejas les poníamos nombres a todos y a cada uno de los animales y como éramos varios hermanos no había escasez de nombres ni de escasez de apriscos para ellos. Incluso los animales conocían e identificaban nuestras voces. Incluso hasta las gallinas y cerdos, pese a que eran para consumo interno también tenían nombres y eran bien cuidado. Estos incluso hasta podían dormir con nosotros, como mascotas.

Tanta esperanza y fraternidad auguraba algo horroroso. Para el pobre, acostumbrado a la miseria y las desgracias, hasta sospechar del bien era posible. Lo bueno era síntoma de un mal que se aproximaba, aún la risa es un preámbulo al dolor. El presentimiento era estar subiendo, o más bien bajando las escaleras de la muerte

Vengo a decirles que no se queden en la escuela, morirán. La muerte llegará a las tres de la tarde...descubrió que lo observaban como fantasma mismo de la muerte. Como si la muerte presentida hubiera llegado en él. Todos parecían tener las cabezas inmóviles [...] Nadie respondía [...]. (TEITELBOIM, 2002, p. 275).

Nadie quería morir, no buscaban la muerte ni la pensaban, porque siempre, es preferible la vida, antes que la muerte. Por lo menos si habían de morir, que murieran los hombres solos, no con sus mujeres e hijos. Pese a que alguien de la ciudad les avisó a los obreros que serían asesinados y acribillados, ellos no creyeron porque habían niños y mujeres entre éstos. Las autoridades no serían tan bestiales para matar niños y mujeres: decidieron quedarse. Sin embargo, hasta un niño presintió la muerte “Elías [...] pensó que la muerte andaba en ese momento rondando la escuela y se levantó de nuevo [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.277). Si bien ésta, rondando, no tiene características estéticas ni morales, su penumbra anticipada genera miedo.

La ciudad era una amenaza real, pero los obreros al estar unidos frente a una causa esperanzadora no tenían miedo “Elías [...] Buscaba a su hermano. Una especie de oscura fraternidad de los que van a morir. Allí estaban todos sus hermanos [...] Tal vez por primera vez tenían una conciencia de que iban a morir en seguida [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.295). Conciencia que llegó muy tarde, cuando ya no había ni fuerza ni tiempo para escapar, porque cualquier acto grupal de huida sería considerado como ataque a la ciudad. Los niños se buscaban, como una jugarreta a la muerte, para estar juntos cuando ésta llegase.

Teitelboim describe los momentos previos a la matanza como los relatos de los mártires cristianos en las arenas de Roma:

Elías miró hipnotizado la boca negra, el vientre del múltiplo de la muerte... entonces subió desde el fondo, como una humareda en el incendio, más que aleluya, el cántico de los condenados a muerte, de los que en pleno sol han perdido la luz del sol y la esperanza de la vida, la voz del himno: puro Chile es tu cielo azuladoooo [...] Elías se unió al coro de la muerte [...]. (TEITELBOIM, 2002, p.295- 296).

La muerte con “boca negra” es un monstruo renegrido. Invocado por el canto de los condenados. El canto mata las penas, pero aquí la muerte mata a los penados. No obstante, los condenados cantaban como si el canto los redimiera y fuera una expiación de su mortífera vida. Nacen llorando, viven muriendo y mueren cantando. Que teatro más dramático. Por ello Marcial Figueroa (1931, p.20) le llamó “pampa trágica”. Esto ocurre sólo en tiempos de guerras, donde se asesinan muchedumbres desarmadas, niños,

ancianos y mujeres: “[...] las ametralladoras apuntaban al grueso de la multitud [...] se extendían hambrientas, escogiendo indiferentes a varones y hembras, ancianos y niños. Toda la plaza estaba caída. Ningún hombre de pié [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.297). Todos los instrumentos de la muerte adquieren vida, hasta la metralla tiene hambre de los condenados. Pero el espanto de la metralla se manifiesta en su indiferencia frente a niños, niñas, mujeres y ancianos. “La gente moría en la confusión [...] remolinos de sangre y subían al cielo. Pero concluyó que no era sino la pampa que gritaba. La pampa asesinada en la ciudad” (TEITELBOIM, 2002, p.298). Teitelboim aplica metáforas femeninas para decir como “La ciudad asesina a La pampa”. Como la santa mata a la profana, la adinerada a la pobre, la rubia a la morena, la plata mata al salitre o lo humano a los animales.

Ahora que los patrones habían asesinado a los pampinos, Teitelboim no evita describir algunos hechos no difíciles de imaginar. “[...] toda la plaza estaba inundada de sangre y la muerte vivía particularmente en la escuela. El ruido de la muerte completa y de la muerte a medias llenó el espacio. Los muros de la escuela estaban acribillados” (TEITELBOIM, 2002, p.229). Lo más contradictorio es que la escuela, la cual supone matar la ignorancia y la brutalidad para dar vida, luz y alimento a las almas, es corrompida en sus aulas sagradas. Los salvados consiguieron vivir, sólo porque otros cuerpos, esta vez acribillados les sirvieron de escudo, dando vida a unos pocos “[...] Elías con un mechón caído se palpaba el cuerpo para estar seguro que vivía. No sentía que la sangre corriera por su cuerpo, pero vivía... Se dio cuenta que estaba aprisionado por los cuerpos, se le caía encima la montaña de la muerte [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.299). Otra vez el poder monstruoso de la muerte, que no permite el escape, porque es abarcadora y circunda a sus víctimas inermes. Por ello el dilema ¡vivir muriendo en la pampa y morir rápido en la ciudad!

Teitelboim presenta esta disyuntiva. “Es la mejor muerte –concluyó-. ¡Agonía corta [...]! Así me gustaría morir a mí. Se sufre todo de un golpe y sanseacabó. ¡Si te he visto no me acuerdo [...]!” (TEITELBOIM, 2002, p.309). Para esos momentos la muerte era una posibilidad redentora y mitigadora del dolor de ver morir a los amigos, hijos, familiares y camaradas. “El perfume de la muerte tendió a enloquecerlos y tuvieron que salir a respirar en la plaza” (TEITELBOIM, 2002, p.315). Si en este contexto la muerte es un perfume la vida resulta ser un estercolero, donde hay que tener esperanza ni en los políticos, patrones o policías porque son los ángeles de la muerte para el pueblo. “El olor de la gran muerte se desparramó por la ciudad [...] Se olía la muerte por todas partes...era su obligación recorrer todos los lugares de la muerte, hasta encontrar su muerte [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.322). Es el teatro de la vida, el espectáculo más crudo que las imágenes dantescas. La muerte irradia aroma. Está la muerte caliente, aquella que exhala fragancia y la muerte fría aquella que expelle hedor. Como se trataba de una muerte caliente, estremecía a sus víctimas, pero resultaba impávida para sus victimarios.

Teitelboim (2002, p.323) continúa relatando aquel macabro espectáculo desde símbolos bíblicos y sagrados.

[...] la tierra pecadora había dado a luz una muerte enorme. Allí, en la plaza, se levanta el altar del holocausto, y oscuramente sospeché que Dios no había hecho todo lo que estaba en su mano para impedirlo. ¡Castigo, castigo a los pecadores! ¿Entonces los hambrientos son pecadores, sólo ellos habitan en Nínive y Gomorra?

El autor invierte las imágenes de víctimas y victimarios entre los justos y los pecadores, lo santo y lo réprobo. Ahora tener hambre es ser un pecador digno de muerte, pedir pan es un acto diabólico que merece la muerte²⁴. Pero esto no es sólo un recurso literario sino también una realidad.

¿Qué sucedió al otro día de la matanza?, ¿Cómo la ciudad pérfida enfrentaba el aroma de su holocausto? “Iquique se esforzaba por recuperar su aspecto normal. Estaba como una mujer que acababa de parir mellizos y los había matado con sus propias manos [...] Era día de navidad en el mundo, pero en Iquique era una navidad perversa y nauseabunda [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.334). Ante tales descripciones no se puede pensar en más que en una ciudad con síndrome *Munchausen*, una madre que mata a sus propios hijos para ganarse la atención de los demás. La falacia de creer que asesinando hace bien a los que mata, de esa manera los educa y los protege. Contradictoriamente, tales acontecimientos suceden previos a la navidad, símbolo del nacimiento de un Mesías que se sacrifica a sí mismo para bien de los demás, y no sacrificando a los demás para bien de sí mismo.

Ya no aparece la imagen del Dios cristiano sino el sol, el dios de las culturas precolombinas, como representando a las dos imágenes de la muerte: una muerte trópica y una muerte tórrida. Una muerte sin sombra y quemante. “El sol lucía alto, como dios del trópico [...] sin sustancia de la vida, perfumado a muerte realizada por millares, como dios tórrido [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.334). Sol y ciudad ahora son victimarios y cómplices de asesinato en masas. El sol como rey cósmico es inmune a la muerte de los obreros; aunque el sol era más bien el emblema de la displicencia del poder trípode. “Pero la ciudad no quería mirar hacia la pampa. Deseaba olvidar. Ni siquiera miraba hacia el horizonte marítimo, hacia el sol o el desierto” (TEITELBOIM, 2002, p.334). La ciudad como madre amnésica quiso olvidar la muerte, aunque sus manos estuviesen ensangrentadas. “[...] que ojalá la hicieran olvidar el mar, por donde vino la muerte, y la pampa, por donde se fue la muerte. Y deseaba sobre todo que un día la pampa, que fue inmolada, la perdonara, pues la ciudad tenía la mala conciencia de un asesino” (TEITELBOIM, 2002, p.334). Hasta hoy la ciudad ha olvidado la sangre vertida en la pampa, pero también la han olvidado las otras ciudades de Chile.

Entonces Teitelboim se pregunta cómo los victimarios y las víctimas vivieron después de aquel espeluznante día. Obviamente para los pampinos “Esa vida sin sustancia le parecía un largo suicidio. Un infierno monocorde, semi-apagado” (TEITELBOIM, 2002, p.346). Si la vida en la pampa, antes de la masacre ya era un morir cada día, cuánto más ahora que habían visto todo el furor mortuorio. “Ese era su indecible amor:

²⁴ Al respecto el historiador Sergio González (1987, p.21) decía que “un hombre murió con un pedazo de pan en la boca”

hacer revivir aquellos muertos. ¿Cómo? Sólo podría hacerse a través de los vivos. En ese amanecer alentó confusos y disparatados sueños [...]” (TEITELBOIM, 2002, p. 346). ¿Cómo se reviven los muertos? En la memoria, como dice el mismo himno patrio, haciendo que “nuestros pechos lleven sus nombres grabados” y recordándolos siempre para que tantas muertes no hayan sido en vano.

No obstante, y pese a la actitud canina de la ciudad y del país, Teitelboim (2002) delimita las responsabilidades a los poderes políticos y patronales. “[...] no era Chile, la tierra natal, quien los ametrallaba. Debieron haber gritado contra el gobierno y contra la clase imperante; pero no contra Chile, porque ellos mismos son la mejor parte de Chile [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.358). El autor reconcilia los muertos de la pampa con la patria. Su escritura sirve como una especie de mesías que redime y reconcilia a los muertos con su patria. Es interesante porque Teitelboim miembro del Partido Comunista, estos que tantas veces han sido acusados de apátridas.

No son apátridas, aunque los tratan como si lo fueran, los tratan a tiros. Y cuando no, a muerte lenta. Pero un día Chile no será para sus hijos la metralla en lugar de pan, sino una república de trabajadores en que los obreros gobiernen. Sólo entonces no habrá masacres. Sólo entonces la matanza de Iquique, todas las matanzas que hubo y habrá bajo este régimen, será verdaderamente vengada. (TEITELBOIM, 2002, p.358).

Allí la grandeza del autor, a pesar que todo el libro habla sobre la muerte, termina con un canto a la esperanza, no porque re-signifique la muerte, sino porque espera que algún día los que piden pan no sean acusados de pecadores, asesinos o apátridas. Lamentablemente la esperanza de Teitelboim duró poco, ya que, desde que publicó su libro en 1952, dos décadas más tarde, la muerte vuelve con ímpetu, pero ahora no sólo a una ciudad sino a muchas ciudades de Chile (1973), buscando a los nuevos apátridas, que ahora ya no son pampinos sino comunistas. Inclusive el mismo Teitelboim vivió en el exilio.

Es de preguntarse en cuántos años más volverá esta muerte por las calles y las ciudades. No inquiero por la muerte producto de la naturaleza, sino aquella otra peor: la muerte de aquellos que empuñan un arma para matar a los que sólo portan el arma de las ideas. Pero pese a todo Teitelboim seguramente era consciente de que esto volvería a ocurrir, sin embargo, mantenía su esperanza.

[...] un día todo esto cambiará. Nada es eterno...el mundo de los asesinos se está disgregando... Ese combate eterno es la vida del ser y está siempre realizándose. Nada cambia para volver a ser lo que fue. Piensa en los muertos: pero no te dejes dominar por ellos. No existe el eterno retorno [...]. (TEITELBOIM, 2002, p.359).

Un maravilloso canto a la vida, algo que dirá posteriormente Milán Kundera (1984) donde nada es eterno y nada se repite: en ello radica la esperanza del ser. En ese sentido, Teitelboim prefiere creerle a los utopistas del siglo XX como Ernst Bloch (2004) que a su

maestro Carlos Marx, para quien “la historia se repite dos veces. La primera como tragedia y la segunda como farsa”.

Pero a pesar de esta esperanza, Teitelboim no puede evitar que la ciudad haya olvidado la tragedia.

He aquí la gran cadavérica, la impotente total, que no pudo librar a la mucha gente que aquella tarde en la plaza la pidió como morada protectora, como catedral de asilo. Vetusta y plácida, blanqueada de paz; pero a él esa indiferencia le pareció repulsiva. Era como una mujer egoísta y estéril [...]. (TEITELBOIM, 2002, p.361).

La escuela aparece como otra “fémica egoísta y estéril”. No sólo la escuela como catedral de asilo no pudo salvar a los pampinos de la tragedia, sino que además la escuela como la Gran Civilizadora no pudo evitar aquella barbará matanza. “Nada decía que fue un campo de batalla [...] vinieron las voces fantasmales...allí estaba la muerte de aquel día [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.362). La escuela la encargada de guardar el luto eterno por sus caídos los había olvidado. Pero además ni siquiera en sus páginas había escrito tales acontecimientos, para qué hablar de los nombres, porque los que fueron masacrados aquél día permanecieron en el anonimato. “[...] de pronto los niños salen de la escuela. Salían vivos, corriendo, y no estaban inmóviles, ni fríos, ni heridos, ni hacinados. No se levantaban de entre los muertos [...] Sintió que ellos tal vez retornaban, resucitaban en sus hijos [...]” (TEITELBOIM, 2002, p.362). La escuela no quiere recordar a los muertos, a los asesinados o a los mártires de las injusticias para no enlutar el juego y las risas infantiles, pero de esa manera no las evitan sino que sólo las desplaza, para quitarle algún día a otros niños la risa y el juego, porque su padres y madres serán acusados de ser los nuevos apátridas.

La simiente en el desierto. Geminaba sí. Las semillas...le dieron ganas de precipitarse sobre ellos y decirles cuánto había sucedido en la escuela, en los patios donde ellos jugaban, preguntarles si ignoraban que aprendían a leer entre los muertos [...] la escuela estaría día y noche transida de sangre [...] Pero para ello la escuela no es el gran sepulcro sangriento. (TEITELBOIM, 2002, p.363).

No son los niños quienes deben o tienen que reflexionar sobre las injusticias, muerte y asesinatos sino los docentes, los profesores, los escritores, los hombres y mujeres de letras y sólo entonces podremos hablar de la muerte sin embozos con nuestros hijos, niños y estudiantes, sólo cuando hayamos exiliado el manto de la hipocresía y la indiferencia de nuestra memoria. Olvidar no significa enterrar y evitar lo temido, sólo implica desplazamiento, una negación de algo que vendrá, pero con un mayor poder, porque no fuimos capaces de reflexionar y mirar la muerte cara a cara y decirle que nunca más mataríamos a otros por pensar diferente.

Agradecimientos:

Los autores agradecen el patrocinio de la Vicerrectoría de Investigación, Innovación y Postgrado (VRIIP) de la Universidad Arturo Prat en el desarrollo de este artículo.

MANSILLA, M.; VÉLEZ, C. The pampa murdered in the city: the death in the book Hijo del Salitre by Volodia Teitelboim. **Revista de Letras**, São Paulo, v.56, n.1, p.135-150, jan./jun. 2016.

- **ABSTRACT:** *The book Hijos del Salitre is a masterpiece where the theme is Death, which is presented as the punishment for the poor, specifically for workers of the pampa. The Death is a phenomenon that is present in every place transited by the workers: the labor, the environment, food, rooms and in the air. Where the most affected are women and children. To limit the power of death, labor workers (pampinos) travel to the city to seek state aid, but paradoxically there are massacred, including their women and children. In spite of Death's power, the author doesn't praise it but highlights Life and the hope of a republic where the worker has a worthy work.*
- **KEYWORDS:** *Death. Childhood. Woman. Worker. Killing.*

Referencias

BIOGRAFÍA de Chile: el portal de la historia de Chile. Disponible en: <<http://www.biografiadechile.cl/detalle.php?IdContenido=262&IdCategoria=8&IdArea=32&TituloPagina=Historia%20de%20Chile>>. Acceso en: 20 agosto 2017.

BLOCH, E. **El principio de la esperanza**. Madrid: Tres Tomos, 2004.

BOMBAL, M. L. **La amortajada**. Santiago: Editorial Universitaria, 2013.

BRAVO, P.; GUERRERO, B. **Historia y ficción literaria sobre el ciclo salitrero en Chile**. Iquique: Universidad Arturo Prat, 2000.

CASTRO, L. Las mujeres y su realidad en la industria salitrera. **Camanchaca**, Iquique, n.6, p.34-40, 1988.

FIGUEROA, M. **Tras del espejismo de la pampa**. Santiago: R. Barrington, 1931.

GALVES, P. **Trabajos y antecedentes presentados al Supremo Gobierno de Chile por la Comisión Consultiva del norte / recopilados por encargo del Ministerio del Interior por Manuel Salas Lavaquey**. Santiago de Chile: Impr. Cervantes, 1908.

GONZÁLEZ, S. El ciclo de expansión del Salitre. **Camanchaca**, Iquique, n.3, p.2-4, 1987.

_____. El mundo laboral y lúdico de los niños en la pampa de Tarapacá. In: _____. **Hombres y mujeres de la pampa: Tarapacá en el ciclo salitrero**. Santiago: LOM, 2002. p.217-226.

GUTIERREZ, H. Exaltación del mestizo: la invención del Roto Chileno. **Universum**, Talca, v.25, n.1, p.122-139, 2010. Disponible en: <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-23762010000100009>. Acceso en: 23 ago. 2016.

KUNDERA, M. **La insoportable levedad del ser**. Mexico: Tusquet Ed., 1984.

LILLO, B. Cuadros mineros: subterra. In: _____. **Obras completas**. Edición Crítica Ignacio Álvarez y Hugo Bello. Santiago: Ediciones Universidad Aberto Hurtado, 2008. p 89- 96.

LIZANA, K. La amortajada de María Luisa Bombal: la muerte como el momento en que se rompe el silencio. In: JORNADAS INTERDISCIPLINARIAS RELIGIÓN Y CULTURA, 5., 1994, Santiago. **Anais...** Santiago: Centro de Estudios Judaicos: Universidad de Chile, 1994. p.1-15.

LOPÉTEGUI, E. **Como se vive en la Pampa Salitrera**. Antofagasta: Imprenta y Litografía Skarnic, 1933.

MACUER, H. **Manual práctico de los trabajos en la pampa Salitrera**. Valparaíso: Talleres Gráficos Salesianos, 1930.

MANSILLA, M. La Pampa: fábrica de fortunas y muerte: la geografía de la muerte en el libro Norte Grande, de Andrés Sabella. **Revista de Letras**, São Paulo, v.54, n.2, p.183-205, 2014.

MARX, K. **El capital**: crítica de la economía política. México: FCE, 1987.

MEMORIA CHILENA. **Un infatigable testigo de la historia**: Volodia Teitelboim: 1916-2008. Santiago: Biblioteca Nacional de Chile, 2016a. Disponible en: <<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-7685.html>>. Acceso en: 20 agosto 2017.

MEMORIA CHILENA. **Volodia Teitelboim**: 1916-2008: hijos del salitre. Santiago: Biblioteca Nacional de Chile, 2016b. Disponible en: <<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-98220.html>>. Acceso en: 20 agosto 2017.

OROZCO, M. La narrativa de María Luisa Bombal: principales claves temáticas. **CAUCE**: revista de filología y su didáctica, Madrid, n.12, p.39-56, 1989.

OSTRIA, M. Hacerse pampinos. **Anales de Literatura Chilena**, Santiago, v.6, n.6, p.97-107, 2005.

SALAS, M. **Trabajo y antecedentes presentados al Supremo Gobierno de Chile por la Comisión Consultiva del Norte**. Santiago: Imp. Cervantes, 1908.

TEITELBOIM, V. **Hijo del salitre**. Santiago: LOM, 2002.

VALERO, E. El desconcierto de la realidad en la narrativa de M^a Luisa Bombal. **Anales de Literatura Española**, Alicante, n.16, p.5-43. 2003.